



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

Madrid 16 de Diciembre de 1877.

ELIDA 77

NUM. 2.

AÑO I.

MADRID: Un mes, 3 rs.; trimestre, 8; semestre, 15. — PROVINCIAS, directamente a la Administración, trimestre, 10 rs.; semestre, 18. — En casa de los corresponsales, trimestre, 12 rs.; semestre, 22. — ULTRAMAR y EXTRANJERO: semestre, 36 rs.; un año, 70.

ADMINISTRACIÓN: POSTIGO DE SAN MARTIN, LIBRERÍA DE PERDIGUERO.

ADVERTENCIAS.

1. Las personas que sin ser suscritores reciban este primer número y no quieran abonarse a LA GACETILLA, se servirán devolverlo bajo la misma faja, escribiendo en ella: VUELVA A SU PROCEDENCIA.
2. La Administración de LA GACETILLA acusará recibo de los pagos de suscripción, que se hagan por carta, en la sección de correspondencia inserta en cuarta plana.
3. Para pago de suscripción sólo se admitirá en sellos el pico ó fracción que no alcance a una peseta.
4. Las letras y libranzas deberán venir expedidas a favor del Administrador de LA GACETILLA, sin necesidad de expresar el nombre y apellido.
5. Los señores suscritores pueden remitir los originales que gusten para su inserción en el periódico, pero sin tener derecho en ningún caso a reclamar su devolución.
6. LA GACETILLA se ocupará en su sección bibliográfica de toda obra de que se la remita un ejemplar.
7. Toda la correspondencia se dirigirá en esta forma:

APARTADO NÚM. 77.

Sr. Administrador de LA GACETILLA.

MADRID.

EXPLICACION DEL GRABADO.

Tours es la capital de la antigua Turena, cuyos señores feudales representaron un papel tan brillante en la historia de Francia por espacio de siglos. Sus habitantes, los instabiles turones, de quienes habla el poeta Lucano, lucharon con tenacidad heroica a las órdenes del jefe galo Vercingetorix por la independencia de la patria contra las legiones romanas. Tours posee muy buenos edificios, sobresaliendo en

tre todos su bella catedral, que fué saqueada en la época de las guerras religiosas por los fanáticos hugonotes, quienes en su furor iconoclasta destruyeron las imágenes y quemaron las reliquias de los santos.

En la Edad-media Tours fué la residencia habitual de Luis onceno, y aún existen los vestigios de Plessis de Tours, palacio del mismo monarca.

Ciudad manufacturera, en la cual existían fábricas de finísimos tejidos, que rivalizaban con las producciones de igual clase que salían de los talleres de Arras y Valenciennes, arruinóla el edicto de Nantes, que causó, por el contrario, el grandioso desarrollo y la prosperidad de que hoy disfruta Lyon, una de las primeras ciudades de Europa.

EL TIO EN INDIAS.

LEYENDA.

Aunque a principios de este siglo, Dieppe había perdido ya mucho de su importancia, sus expediciones marítimas conservaban aún un carácter de grandeza de que

no podemos tener una idea por el limitado comercio de nuestros días. El tiempo de las fortunas fabulosas no había pasado tan enteramente que de cuando en cuando no se viese volver de países lejanos algunos de esos millonarios inesperados de que tanto han abusado los teatros, y aún se podía creer, sin mucha sencillez, en la realización de los tios de Indias. En efecto, más de un negociante había a la sazón en Dieppe, cuyos buques llenaban el puerto, y que se había visto marchar veinte años antes vestido con el pobre traje de grumete. Estos ejemplos alentaban a los fuertes, y eran para los miserables un dulce manantial de inagotables esperanzas; los desgraciados se consolaban de la realidad, esperando un milagro.

Este milagro, parecía próximo a realizarse para una pobre familia de la aldea de Omonville, situada a cuatro leguas de Dieppe.

La viuda Mauvaire había padecido en este mundo crudas miserias; su primer hijo, único sostén de la familia, había muerto en un naufragio, dejando cuatro niños a cargo de la pobre anciana; y esta desgracia había desbaratado para siempre el matrimonio de su hija Clemencia, cortando al mismo tiempo los proyectos del hijo Martin que había debido abandonar sus tardíos estudios, para venir a tomar su parte en los trabajos de la quinta.

Pero en medio de la inquietud y del abatimiento de la familia toda, una dulce esperanza se presentó de pronto; por una carta de Dieppe se sabía que había vuelto un hermano político de la viuda, que había salido de Francia hacía veinte años. El tío Bruno volvía con algunas curiosidades del otro mundo, como decía la carta, y con la intención de establecerse en Dieppe.

Esta carta era desde la víspera el objeto común de todas las preocupaciones. Cada cual añadía sus suposiciones a las de Martin: hasta Juliana, la ahijada de la viuda que habitaba la quinta, más como parienta de adopción que como criada; hasta Juliana, repetimos, se puso a pensar que el tío que volvía de Indias



FRANCIA. — VISTA DE TOURS: EL CANAL.

—Le voy á pedir una manteleta de seda y una cruz de oro, decía despues de haber oido por centésima vez la lectura de la carta en cuestion, hecha en alta voz por el hijo Martin.

—¡Ah! dijo la viuda suspirando, ¡si viviese mi pobre Didier ahora tendria un protector!

—Pero quedan sus hijos, madrina, observó la jóven; sin contar la señorita Clemencia que no desdeñará una dote.

—¿Y para qué? dijo Clemencia, meneando tristemente la cabeza.

—¿Para qué? repitió Juliana, para que los parientes del Sr. Márcos se callen la boca: aunque han hecho embarcar á su hijo para impedir el matrimonio, si el tío Bruno quiere, pronto le tendreis de vuelta, no hay cuidado.

—Falta saber si querrá volver; dijo la jóven á media voz.

—¿Y qué le hace? Si no es él, ya encontrarás otro, dijo Martin que no veía más que el matrimonio de su hermana, mientras ésta lo que veía era el marido: con un tío de Indias nunca faltan bodas. ¡Quién sabe si no traerá consigo algun compañero de fortuna, algun millonario que quiera ser su sobrino!

—¡Oh! ¡Dios haga que no! exclamó Clemencia asustada, no tengo maldita la prisa para casarme.

—Eso es; lo más urgente es hallar un empleo para tu hermano; repuso la viuda con precipitacion.

—El señor conde me ha dicho que me hará administrador de sus tierras, observó Martin.

—Sí, pero nunca llega el caso de darte el empleo, repuso la anciana, y entre tanto, el tiempo va pasando y tú no haces nada. Los grandes señores no piensan en eso; siempre están ocupados con sus placeres, y cuando se acuerdan de otorgar el pedazo de pan prometido, ya se ha muerto uno de hambre.

—Ahora ya podemos desear esos temores, con la amistad del tío Bruno, dijo Martin; sus palabras son bien claras. «Mañana llegaré á Omonville con *todo lo que poseo*.» Lo que quiere decir que no nos ha olvidado.

—Ya debe estar en camino, interrumpió la viuda, y puede llegar á cada instante; ¿está ya todo dispuesto, Clemencia?

La jóven se levantó y mostró el aparador guarnecido con una abundancia inusitada. Al lado de una pierna de carnero asada, se veía un enorme pedazo de jamon cocido, con dos platos de tortas de maiz y una fuente de arroz con leche; muchas botellas de sidra completaban estas provisiones, que hicieron lanzar á los chicos repetidos gritos de admiracion y de deseos, Juliana habló además de una sopa de patatas y de un pastel que chisporroteaba junto á las ascuas.

La viuda sacó entonces de su armario un mantel y algunas servilletas amarillentas por la falta de uso. La jóven criada eligió tambien los platos menos desportillados, y comenzó á poner la mesa colocando á la cabecera el único cubierto de plata que la familia poseía.

Quando se estaban acabando ya estos preparativos, uno de los niños que estaba de centinela afuera, se precipitó en el cuarto gritando:

—¡Ya está aquí! ¡ya está aquí!

—¿Quién? preguntaron todos.

—¿Quién ha de ser más que el tío Bruno! respondió una voz robusta y jovial.

La familia entera volvió la cara hácia la puerta: un marinero acababa de pararse en los umbrales, con un loro en la mano izquierda y un mono en la derecha. Los chicos asustados echaron á correr junto á la abuela, quien por su parte no pudo menos de arrojar un grito. Martin, Clemencia y la criada miraban al recién llegado con aire estupefacto.

—¿Cómo! ¿Teneis miedo de mi casa de fieras? repuso Bruno riendo. —Ea, ea, tranquilizaos y dadme un abrazo; acabo de hacer tres mil leguas sólo para eso.

Martin fué el primero que se decidió á ello; luego vinieron Clemencia, la viuda y los chicos mayores, pero la niña pequeña no quiso acercarse de ningun modo.

Bruno se desquitó abrazando á Juliana.

—Creí que no llegaba nunca, dijo Bruno; ¿sabeis mamá Mauvaire, que hay un poco que andar desde Dieppe hasta vuestra casa?

Martin notó entonces que el marino traía el calzado todo cubierto de polvo.

—¿Habeis venido á pié, tío Bruno? le preguntó con mayor asombro.

—¡Pues ya lo creo! ¿Piensas que hubiera podido venir en canoa ó través de vuestros campos sembrados de trigos?

Martin se volvió hácia la puerta, preguntando con acento trémulo:

—Pero... ¿y el equipaje?...

—Mi equipaje lo traigo encima, dijo Bruno; un marino no tiene otra cosa que guardar que su pipa y el gorro de dormir.

La viuda cambió con la familia una mirada de estupor.

—Sin embargo, observó el jóven, segun la carta que hemos recibido, habíamos creído...

—¿Qué? ¿que llegaba con un navío de tres puentes?

—No, repuso Martin, tratando de sonreirse con agrado; pero creí que vendriais con vuestros cofres... para quedaros aquí algun tiempo, como nos lo habeis prometido.

—¿Yo?

—Y la prueba es que nos habeis dicho que vendriais con *todo lo que poseiais*.

—Y es verdad, aquí está todo lo que poseo, exclamó Bruno, ¡un mono y un loro!

—¿Cómo! ¿eso es todo? exclamó toda la familia á una voz.

—Con mi baul de marinero donde hay algunas calcetas que remendar y varias camisas sin mangas! Pero eso no me entristece, hijos míos; en tanto que la conciencia y el estómago se hallen en buen estado, lo demás importa muy poco. Pero estoy viendo allí la sidra, y con permiso, voy á ver qué tal me sienta, porque estás cuatro leguas de camino me han dejado el gáznate más seco que un esparto. ¡Houp! Rechambaul, saluda á los presentes.

El mono dió tres saltos y luego se fué á sentar en un rincón rascándose el hocico.

Entretanto el marino se habia acercado á la mesa y se disponía á vaciar una botella sin ceremonias.

La familia estaba consternada. Al ver que la mesa estaba puesta, Bruno se sentó diciendo que se moría de hambre, y por fuerza ó por voluntad no hubo más remedio que traerle la sopa de patatas y el jamon cocido; en cuanto á lo demás, la viuda Mauvaire lo tapó cuidadosamente en el aparador.

El marino, interrogado por Martin, principió á contar habia recorrido durante veinte años los mares de la India bajo diferentes pabellones, sin otra ganancia que su salario que gastaba en cuanto le recibía. Por último, al cabo de una hora no quedaba ninguna duda de que toda la fortuna del tío Bruno consistía en un excelente humor y un fuerte apetito.

El desengaño fué general, para todos, manifestándose en cada uno segun su índole particular. Clemencia experimentó una sorpresa un tanto mezclada de tristeza; Martin sentía un amargo despecho, y estaba casi colérica la anciana. Este cambio de disposiciones no tardó en producir sus resultados. Habiendo asustado el mono á la niña corriendo detrás de ella, su abuela exigió que lo metieran en una cuadra abandonada, y Martin dijo en alta voz que el loro era insoportable porque habia metido el pico en el plato del marino. Clemencia no desplegó los labios, pero se fué con Juliana á arreglar la casa, en tanto que la viuda se puso á hilar á la puerta de la calle.

El tío Bruno al verse solo con su sobrino que trataba de aparentar una distraccion que no tenía, bebió sosegadamente el último vaso, se puso ó silbar un instante, y luego, apoyándose de codos en la mesa, clavó los ojos en Martin y le dijo con mucha calma:

—¿Sabes, buen mozo, que se me figura que son malos los aires de esta casa? Teneis todos unas caras que me dan frio, y nadie me ha dirigido aún una palabra cariñosa. ¡Vaya, vaya, no es así como se recibe á un pariente que no se ha visto hace más de veinte años!

Martin respondió con dureza que la acogida no podia ser mejor, puesto que no dependía de ellos el tenerle dispuesto manjares más esquisitos.

—Pero sí depende el hacerme mejor cara, repuso Bruno; y el diablo me lleve si no me habeis recibido como á la peste; pero en fin, bastante hemos hablado, no me gustan las disputas caseras; acuérdate únicamente de que algun dia os arrepentireis de ello; esto es todo lo que te digo.

Y dicho esto el marino se cortó otra buena tajada de jamon, que siguió comiendo con mejor apetito.

(Concluirá.)

Era el 23 de Agosto del año 79. Bajo los rayos espléndidos de un sol de verano se tendían mansamente las ondas azules del golfo de Nápoles. Desde el cabo de Miseno hasta el de Sorrento era de verse una serie no interrumpida de casas-quintas, palacios, templos y edificios públicos, algunos medio ocultos entre el verde ramaje de árboles frondosos, otros reflejando á larga distancia la luz viva del sol, que le prestaba mayor magia y esplendor. Todo era tranquilidad, paz y belleza en este maravilloso espectáculo; ni un soplo de aire se sentía en el ambiente, ni un pliegue siquiera formaban las aguas, y las barcas doradas de los patricios esperaban sobre la playa el venticillo de la tarde que debía hinchar sus velas de púrpura.

Pero á la una de la tarde interrumpió aquella tranquilidad mortal un ruido extraño y repentino. Oyóse á gran distancia el estampido de un trueno allá en las profundidades de la tierra: el mar se puso furioso; retiróse el agua de la orilla como rechazada por un poder desconocido; y casas, templos, pórticos empezaron á bambolearse, levantarse y girar como otros tantos hombres borrachos. Finalmente, de la sima del Vesubio saltó una columna de humo, de color blanco cenizoso y negro, producida por la mezcla de vapores, ceniza y piedra pómez y escorias. A veces la columna aparecía luminosa cual la de fuego que sirvió de guía á los israelitas en el desierto, y era el efecto de los torrentes de lava que vomitaba el monte y ardían en lo hondo del cráter.

Por un momento la nube se mantuvo como suspendida en el aire, espantosa, amenazante, y de repente, abriéndose como un paraguas de colosales dimensiones, se derramó por todos lados en torrentes de ceniza, piedrezuelas, escorias, al paso que la lava, haciendo una erupcion repentina, corria desde el ápice del cono cual río de fuego, cuyos siniestros reflejos se veían de larga distancia. En medio del tumulto de humo, ceniza, fuego y lava, se oían detonaciones espantosas en el fondo del cráter, y en seguida salían por la boca grandes piedras, rojas al principio, negras poco despues, que iban á caer, cual bala roja de innumerables piezas de artillería moderna, sobre las ciudades circunvecinas y las incendiaban. Aquella lluvia de fuego no ya sólo cubrió los campos en torno del monte, sino que alcanzó hasta el golfo. Las calles de Nápoles, de Stabia y de Miseno se llenaron de varios piés de ceniza: los habitantes huyeron á los campos, aterrizados con el continuo temblar de la tierra; los que permanecieron en sus casas para proteger sus intereses, lo hicieron á riesgo de su vida.

En alas del viento volaron á Roma la piedra pómez y las cenizas, y ésta fue la primera nueva allí de la catástrofe. Se dice que en una subsecuente erupcion las cenizas fueron llevadas á Constantinopla, cuyo hecho no debe sorprender á los que están acostumbrados á ver lanzadas las arenas del Sahara hasta la costa del África y aun el Mediterráneo. Este fenómeno fué un episodio de la primera erupcion del Vesubio. No concuerdan los hombres de ciencia respecto á la hipótesis de las convulsiones subterráneas. La opinion mejor recibida en la materia es la de que ciertos gases difundidos por entre la tierra se combinan químicamente, produciendo así el extraordinario calor que funde cuanto encuentra á su paso y desarrolla suficiente fuerza para levantar y hender la cóstra de la tierra en algunas de sus partes.

Plinio, el naturalista, comandante de la flota imperial, [estacionada junto al cabo Miseno, se hallaba recostado en su coy ó almohadon, ocupado en leer, cuando aparecieron las primeras indicaciones de la erupcion. En aquel instante le anunció un esclavo que el mar se hinchaba y el aire se cubria de una nube de humo; con lo cual el naturalista saltó en tierra, trepó una alturita cercana y no tardó en adivinar el origen del fenómeno. Aunque no le era dado desde allí divisar la cima del monte Vesubio, no abrigó por eso menos temores respecto á la causa de la inmensa columna de humo que se elevaba de aquella parte, pues recordó que diez y seis años ántes, en el de 63, otra erupcion habia destruido en parte á Herculano y á Pompeya.

Al momento dispuso le preparasen tablas de escribir y un barco ligero. A tiempo de embarcarse llegó un mensajero del puerto de Retina, el cual le comunicó que los soldados de la flota romana estacionada en ese punto y cogidos entre Herculano y Pompeya, sólo podían escapar por mar, y le rogaban acudiese en su socorro. Entonces

ordenó. Plinio se tripulaban varias galeras con cuatro remeros por banda, y en seguida partió. Apenas se presentó frente al sitio de la erupción, se le ofreció en todo su horror sublime, y á medida que se acercó á la costa, penetraron sus oídos los gritos y lamentos y vió á los habitantes sin tino y como fuera de sí corriendo de un lado para otro, los del campo tomando refugio en la ciudad, y los de ésta huyendo de ella como desalentados. Vió también entonces á los soldados del destacamento con ambas manos levantadas al cielo en señal de alegría por el socorro que les llegaba; pero de improviso, y cuando se hallaba á unas cuatrocientas varas de la orilla, vararon los barcos y se quedaron en seco.

Es que la costa donde el día antes podían atracar barcos de mayor calado se había levantado hasta dejar la antigua ciudad marítima de Retina rodeada de tierra por todas partes. Contra tamaños obstáculos nada podían el valor ni la habilidad de Plinio; de modo que se alejó en busca de agua en que flotasen sus galeras, y tuvo el desconsuelo de presenciar la desesperación de aquellos mismos que poco antes rebotaban de alegría creyendo el socorro seguro. No queriendo renunciar al deseo de ver una erupción volcánica, á fin de hacer de ella una minuciosa descripción, se embarcó para Stabia, la Castelamare de nuestros días. En la persuasión de que el fenómeno que tenía delante era de la naturaleza del de 63, consoló y animó á los que le rodeaban, tomó un baño y cenó tranquilamente, y luego se retiró á la cama así que hubo anotado los eventos del día en sus tablas de cera.

Esto acontecía al oscurecer del día 23. La erupción había principiado á la una de la tarde y no había alcanzado todavía su mayor fuerza. Hacia el amanecer del siguiente día, los esclavos que velaban á la puerta del conftado naturalista, y que lo oían respirar apaciblemente, tuvieron que despertarle. Es que no sólo crugía la casa toda en aquellos momentos y amenazaba caer en cien pedazos, sino que la ceniza llenaba el patio y muy pronto iba á obstruir del todo la entrada. Fuerza era, por tanto, hacer que se levantase y huyese, cosa que hacían á la sazón todos los moradores adyacentes para evitar que las casas se les desplomasen encima. Eran ya las nueve de la mañana, pero estaba tan oscurecido el cielo por la lluvia continua de ceniza, que las nieblas de una noche oscura no podían ser más espesas y negras. Y esto era de modo que las antorchas apenas servían para alumbrar el camino, el cual de tiempo en tiempo iluminaban llamaradas de gas inflamable, como lenguas de fuego que rajaban la tierra con el sólo objeto, al parecer, de esparcir un reflejo siniestro de sangre en torno de aquellos sitios desolados.

Plinio, al fin alarmado, se encaminó á la playa. El mar estaba alborotado, el viento soplabá en contra, y miles de peces asfixiados yacían tendidos sobre la arena, allí donde los habían dejado en seco las fugitivas olas. Forzado á retrasar sus pasos, los esclavos improvisaron una tienda de campaña con la vela de un barco, sentándose él en seguida á contemplar el espectáculo de muerte y desolación de que estaba rodeado. Pero de luego á luego volvieron á aparecer lenguas siniestras de fuego por entre las hendiduras de la tierra; bajo su misma planta asomó una que otra llamarada fugaz, con lo que espantándose los criadosse huyeron á la desbandada. Entonces Plinio creyó que debía levantarse, quizás para respirar aire ménos emponzoñado; pero cayó luego de espaldas y espiró sofocado por los gases deletéreos que emitía la tierra por todos sus poros. Tres días después, cuando hubo pasado la furia de aquel extraordinario fenómeno, se encontró al imprudente naturalista en el mismo sitio en que había caído, bajo una capa espesa de cenizas, como un sudario fúnebre. Así acabó Plinio, víctima de su amor á la ciencia.

Mientras esto pasaba en torno de Stabia, no era ménos espantoso en Herculano y en Pompeya. Situadas esas dos ciudades á las faldas del monte Vesubio, las inundó en pocas horas una lluvia de fuego.

A tiempo que ocurrió la terrible catástrofe, un número inmenso de moradores de Pompeya se hallaba reunido en el anfiteatro. Imposible es pintar el desorden soberano que reinó en toda la ciudad. No pocos, recordando la primera erupción, dieron á huir al campo y hacia las vecinas poblaciones; otros, ménos precavidos ó más apegados á sus intereses materiales, se detuvieron hasta poner en cobro sus anillos, joyas, monedas, costosos trajes, y cuando quisieron ganar la puerta, se encontraron rodeados de una tapia de cenizas, ó recibieron la muerte

bajo los escombros de sus casas. Infinitos otros buscando amparo se refugiaron en los sótanos y cuevas, como sitios más seguros contra los temblores, la ceniza ardiendo y el pedrisco. En parte no cabe duda sino que el cálculo fué acertado: las paredes no cedían, las cenizas no les alcanzaban, pero á la larga quedaron enterrados vivos y condenados á morir de hambre ó de sofocación.

Al cabo de siglos, en corroboración con lo que va dicho, se han encontrado, entre otros objetos, el esqueleto de un perro y un hombre, éste muerto de inanición y devoradas sus carnes por aquél. También se han encontrado presos en cepos, y esclavos encerrados en sus garritas, donde los dejaron olvidados sus amos, tal como los sorprendió la muerte. Muchos perecieron en las calles aplastados ya por la caída de una columna, ya de una estatua, ya de una casa, ó sofocados por los gases mefíticos, á cuya acción había perecido Plinio. ¡Ay de aquél que se tendía en tierra!, porque el aire emponzoñado que despedía el suelo por todas partes le causaba la muerte instantáneamente. Aquellos, por el contrario, que continuaron andando, siquiera á la ventura, y que protegieron los ojos del polvo y el humo incandescente, y la cabeza de las piedras, valiéndose de una almohada ó cojin para amortecer el golpe, esos llegaron en salvo á lugares de refugio. El número de los que perecieron se calcula en 15.000, lo que equivale al décimo de la población total de la ciudad.

Herculano, ciudad de Hércules, fué el teatro de toda clase de devastaciones. No fueron allí las cenizas calientes ni las piedras encendidas las que causaron el mayor estrago quemando ó rindiendo los edificios más fuertes con el acumulado peso de varias capas sucesivas, sino un cieno líquido que fluía por las calles, penetraba en las casas, lo llenaba todo y sellaba herméticamente, hasta las hendiduras más estrechas, con una especie de cemento, que tomaba la forma de todos los objetos, por encima de los cuales pasaba y protegía de todo daño, protegiéndolos del aire exterior. Tras muchos siglos después esta masa de barro ha podido desprenderse con el pico, encontrándose bajo esa cáscara la ciudad que dormía, pero intacta. No fué, pues, la lava sino el cieno el que agobió á Herculano, porque aquella quemó cuanto encontró á su paso.

Luego que pasó el torbellino de fuego y de escorias, los habitantes de Pompeya pudieron volver á ella, encontrar y sacar de los escombros muchos artículos de valor que abandonaron en la huida; pero los de Herculano sólo hallaron un túmulo de barro bajo el cual quedó enterrada su hermosa ciudad. Por allí se ven en el día las lindas quintas de Portici.

En la primera parte del siglo décimo séptimo se principiaron las excavaciones en esas desventuradas ciudades, y se han venido desenterrando de entonces acá, obras de arte de todas clases, estatuas, bustos de bronce, muebles, manuscritos é infinidad de otros artículos. Los más valiosos en este respecto se han sacado de Herculano. Pompeya era una población de traficantes, y sus moradores pudieron salvar todo lo de valor; al paso que la otra, como emporio del lujo, encerraba riquezas inmensas, y por la naturaleza de la erupción nada pudo extraerse, si bien muy poco pereció en la catástrofe.

TENER COCHE.

«Cada época tiene su secreto, sus pasiones, sus crisis, sus contradicciones, su resumen, en una palabra, que es preciso descifrar como la palabra de un enigma; pero no se requiere que haya de buscarse siempre muy alto; el secreto de una época no es siempre un símbolo mistagógico ó una abstracción filosófica; la buscamos con frecuencia en el cielo y la solemos tener debajo de los pies.» CANTO, *Biogr. de Tiberio*.

Nuestra época, nuestra sociedad, tiene también su secreto, su pasión, su resumen, si no en una palabra, en una frase.

No constituye un símbolo ni una abstracción filosófica, ni debe buscarse á gran altura puesto que se arrastra por los suelos y solemos tenerlo debajo de los pies.

Ese secreto, esa pasión, esa pesadilla está encerrada en dos palabras: *Tener coche*.

Antiguamente, y en la Edad-media y en la presente edad, y seguramente en las edades futuras, ha existido, existe y existirá siempre una aspiración unánime: Tener dinero; pero en esta época nuestra, en esta sociedad nuestra, y muy especialmente en este venturoso Madrid, esa aspiración se manifiesta por otra fórmula ménos me-

tálica, ménos vil, pero más completa, más ruidosa, más elegante: *Tener coche*. obinet mal onp sobequebrano los coges
¡Ah! sí; la ambición de tener dinero ha sido destronada por otra más expresiva aún: *Tener coche*.

¡Tener dinero!!! Eso es muy vago, muy elástico. Yo puedo tener cinco duros de sobra en el bolsillo, como dice la gente del bronce, y, sin embargo, no puedo tener coche, á no ser que alquile un *simon* que me lleve en pequeña velocidad á... cualquier parte.

Tener dinero expresa ya poco para las necesidades de una vida cómoda y regalada. Hoy no se puede vivir si no se tiene dinero de sobra, es decir, si no se tiene dinero para poder echar coche.

Por otra parte, no basta tener dinero; es necesario que aparezca que lo tenemos.

Con tener dinero, mucho dinero, no habremos conseguido más que la mitad del bello ideal de nuestra época, cuyo complemento es *tener coche*.

Y hay doncellas resueltas á no casarse sino con un hombre que pueda ponerlas coche, y pollos que no pretenden sino á niñas cuyos papás gasten coche, y son innumerables las gentes que dicen: si yo tuviera coche, había de ir en coche hasta á la cama.

Y en estos días, precisamente, cuántos habrá que, habiendo echado á la lotería de Navidad, y contando con que les caerá el premio gordo, repetirán alborozados, y echaremos coche!

Nunca como en nuestros días ha estado tan en boga el moralizador principio: ya que el diablo me lleve, que sea en coche.

Porque hay muchos, que por no llenarse las botas de fango, meten las manos en el lodo para sacar á pulso un coche.

Con tal de ir en coche, no reparan si pasean al propio tiempo su deshonra á la altura de un carruaje, para que todo el mundo alcance á verla; otros, sólo con ir en coche van malamente vendidos, porque en realidad, marchan sobre pies ajenos; y otros muchos, muchísimos, sólo con ir en coche van ya puestos en berlina.

Con lo cual, el coche se ha prostituido. Sin embargo, esto no impide, ó mejor dicho, esto influye principalmente para que muchos se prostituyan por tener coche.

En los tiempos de Mari Castaña, sólo tenían coche los que podían tenerlo, esto es, los señores de muchas campanillas; pero desde que se suprimieron las campanillas en los arreos, puede tener coche un cualquiera.

Y llegaron los tiempos de los *simones*, esto es, en que tuvieron coche hasta los cocheros, y después vinieron los coches de lujo de alquiler, que son los coches de los que sólo pueden tenerlo por temporadas.

Por último, echaron coche *La Correspondencia de España*, y las fábricas de chocolate, y las de bujías, y las de dulces, y La Soledad, y La Funeraria y demás empresas de servicios fúnebres. Los sacamuelas y los charlatanes convirtieron el coche en tribuna para embaucar con sus peroratas á los incautos.

Los toreros abandonaron la clásica calesa y empezaron á usar el clarens y el landó, para que los condujera á la ensangrentada arena, y por último, aparecieron hasta carros ó carruajes fúnebres para conducir los difuntos al Campo Santo.

Es más, el doctor Garrido consideró había llegado al pináculo de su fama farmacéutica, cuando pudo anunciar que había echado coche, y ya tiene coche hasta Arderius.

Estos son los elegidos: los llamados, son más, muchos más; innumerables, pues no creo exagerado decir que desean tener coche todos cuantos *andan* por la coronada villa.

Y en una época en que tienen coche el doctor Garrido y Arderius, y los números de *La Correspondencia*, y las pastillas de Matías Lopez; en una época en que tienen coche hasta los cocheros, no es extraño haya quien desee hasta morir por ir alguna vez en coche, aunque éste sea el carro fúnebre.

EL CZAR Y SUS CABALLOS.

Ahora que están de moda los rusos, no deja de tener curiosidad la siguiente descripción sobre el interés que inspiran á la familia imperial de Rusia los caballos:

«Los viajeros que durante el verano visitan el parque de Tzarskoe-Selo (mórada del Czar), no sospechan tal vez la existencia, en un lado de aquella hermosa propiedad, de un establecimiento, quizá el único de su clase en Europa, y aún en el

mundo todo; éste es el hospital de caballos inválidos: en él se recogen los cuadrúpedos que han tenido el honor de conducir á la familia imperial de Rusia.

Este hospital, de singular destino, está administrado con escrupulosa y recta exactitud.

Cada uno de los animales retirados al establecimiento tiene su correspondiente departamento, bien abrigado y dispuesto, y en él se le cuida con esmero especial. De vez en cuando se permite á los inválidos dar un paseito por un ancho prado inmediato, al que rodean altas empalizadas, para impedir la intrusión de otras bestias en el terreno de aquellas ya jubiladas.

En 1858 existía en dicho hospital un caballo de veinticinco años, cuyo pelo y cabos eran tan finos y hermosos como los del potro de mejor sangre.

Además del hospital, hay en el mismo parque de Tzarskoe un cementerio para los caballos, venerable necrópolis, en donde no faltan monumentos ni inscripciones. Las lápidas mortuorias están alineadas rigurosamente; cada una de ellas tiene la correspondiente indicación, en la que se lee el nombre del caballo, el del soberano que se sirvió de él, y las fechas del nacimiento y defunción del animal; hay bastantes lápidas que contienen además datos históricos.

Así, por ejemplo, uno de los epitafios de este cementerio recuerda á las generaciones que bajo aquella lápida duermen los huesos del caballo, ó, mejor, del amigo sobre que entró en París, á la cabeza de los ejércitos aliados; Alejandro I de Rusia.

EXTRACTO DE LA «GACETA.»

Diciembre.

DIA 12. Ministerio de la Gobernación. — R. O. disponiendo que cuando los cónsules no nieguen el permiso particular para el embarque de armas, municiones y de las piezas necesarias para su fabricación, y siempre que dichos objetos vengan consignados en el manifiesto del buque, pueden los gobernadores autorizar ó negar su entrada en el Reino, según el art. 3.º del R. D. de 23 de Junio de 1876.

DIA 13. Ministerio de la Gobernación. — Circular fijando reglas para facilitar el examen de las cuentas municipales.

DIA 14. No contiene ninguna disposición de interés general.

MISCELÁNEA.

Grandes cartelones anuncian que el día 15 debió llegar monsieur Bidel.

Si, no hace muchos días, un perro rompió el vestido á una mujer, atropelló á una porción de gentes, mordió á unos cuantos prójimos, arrebató á un caballero el cigarro puro que éste llevaba entre sus dedos y turbó el orden en la Puerta del Sol: figúrense ustedes lo que ocurrirá si se escapa un discípulo de monsieur Bidel.

La Academia Española abre un certámen público en que ofrece 3.000 pesetas, medalla de oro y 500 ejemplares de la obra al autor de la mejor Memoria sobre este tema: «Caracteres distintivos y peculiares del teatro antiguo español»

y de sus más insignes poetas desde mediados del siglo XVI hasta Canizarez y Zamora. Influencia de aquella literatura dramática en las demás naciones.

Acaba el plazo en 30 de Noviembre de 1879.

Un gastrónomo, consagrado enteramente á su vientre, se hallaba á la mesa, en ocasión en que varias personas hablaban mucho y en alta voz.

— Señores, silencio, exclamó, que no se oye lo que se come.

Gustaba Luis XIV de oír la relación de las acciones de Dugain-Truil de boca de aquel mismo héroe. Un día, le contaba éste un combate, en donde había mandado un navío llamado La Gloria.

— Mandé, dijo, á La Gloria que me siguiese.

— ¡Y os siguió! le dijo el rey sonriéndose.

Francisco I sostenía en sus brazos al moribundo Leonardo de Vinci, y prodigaba los más afectuosos cuidados y pruebas de su amistad al ilustre pintor de la bella Joconda. Escandalizándose de eso algunos cortesanos, el protector de las letras les dijo:

— Un rey hace con frecuencia caballeros más grandes que vosotros: Dios sólo hace hombres tan grandes como Leonardo de Vinci.

Dice un diario: «En el Guadarrama ha nevado con tanta abundancia, que, en algunos puntos, hay capas de tres varas de espesor.»

¿Capas de tres varas de espesor? Pues, hombre, los habitantes de la sierra, á pesar de tanta nieve, sudarán tinta. Aquí hace

CHARADA.

¡Jesús y qué fastidioso el viejo de mi tutor! Levántase con estrellas, y al son de su eterna tos, toma primera y segunda y se sienta en un sillón. Con tercera y cuarta llama al mayordomo Simon, y por cualquier tontería arman el todo los dos: Yo, fastidiado de oírlos, agitando con primor la segunda y la tercera (en plural, señor lector) á la graciosa tercera voy á dar conversación. Ella por entretenerme me canta alguna canción en la que mezcla la cuarta el hábil compositor. Paso así el tiempo embebido hasta muy dadas las dos. Vuelvo á mi casa corriendo, pero no falta sermon; y por por huir del todo, callo y sufro el mal humor; mas no por eso se aquieta el asmático grunon... ¡Jesús y qué fastidioso el viejo de mi tutor! La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior: CABALLO.

también frío, y, sin embargo, hay muchos que no tienen capa de ningún espesor.

En Sevilla acaba de publicarse el primer número de una nueva revista, con el título de Revista Católica, cuyo director es el señor D. Ventura Camacho, uno de los periodistas más antiguos de aquella capital y aun de España.

Sea enhorabuena.

El Sumo Pontífice Alejandro V fué tan liberal como caritativo, y solía decir á sus familiares:

— Siendo obispo de Novara era rico; ascendí á cardenal y me quedé pobre; pero ahora que soy pontífice, estoy pobrísimo.

Algunos diarios recuerdan que el día 4 fué el aniversario de la fuga de doña Aldomera.

— Claro; el día Santa Bárbara, patrona de los artilleros y contra las tempestades, diría doña Aldomera, es el más á propósito para dar el trueno gordo.

Dos gitanos corrian un borrico á prueba de venta, en una calle donde había un templo; y como quiera que el animal era bastante malo, y esta clase de gente exagera tanto, hubo de tropezar el pobre animalito; y ántes de que el comprador hablara palabara alguna, dijo uno de ellos:

— Vea osté si es güeno el jumento, que sa arrodillao al pasar por la puerta é la iglesia.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

Solución al jerooglífico inserto en el número anterior.

Y no miraba en qué grado tenía lo que tachaba.

ANUNCIO.

LA GACETILLA

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

MORALIDAD—INSTRUCCION—RECREO.

SE PUBLICA EN MADRID EL JUEVES Y DOMINGO DE

revistas de las Academias, de la semana y de los crónica diaria, anécdotas, charadas y jerooglícos.

GRABADO EN CADA NÚMERO.

En MADRID: Un mes, 3 rs.; trimestre 8 rs.; semestre, 15 rs. En PROVINCIAS, directamente á la Administración: Trimestre, 10 rs.; semestre, 18 rs.; en casa de los corresponsales: Trimestre, 12 rs.; semestre, 22 rs. En ULTRAMAR y EXTRANJERO: Trimestre, 10 rs.; semestre, 18 rs.; año, 70 rs.

Anuncios, medio real línea.

Centro general de suscripción y anuncios: Postigo de San Martín, librería de Perdiguero.

MADRID.— IMPRENTA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.